

ABONO, MORALIDAD, INSTRUCCION

PRECIOS.

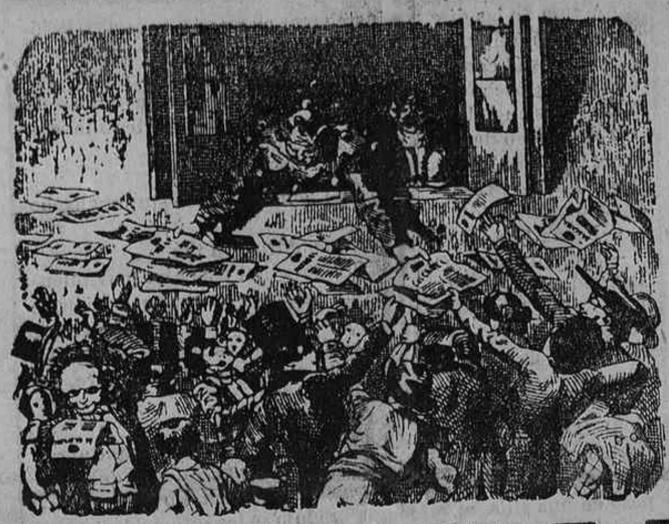
MADRID.

Tres meses.	8 rs.
Seis id.	15 "
Un año.	30 "

PROVINCIAS.

Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 "
Un año.	36 "

NÚMERO SUELTO. DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRAJERO.

Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 "
Un año.	74 "
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMERICA.	
Seis meses.	33 rs.
Un año.	70 "
PHILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 "

DIRECCION Y ADMINISTRACION Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato.—Lo que fuere se verá.

## COSAS DEL DIA.

Pero hombre, ¿en qué país vivimos?...  
 ¿Esta es una casa de locos ó es un presidio suelto, como decia el general O'Donnell que tanta falta nos está haciendo?

Antes se criticaba á los moderados porque todos querian empleos y eran capaces de tragarse de una sentada todos los presupuestos del mundo.

¡Pues no digo nada de los hombres de ahora, que son los que criticaban á los de entonces!... Para cada empleo hay doscientos pretendientes; se hacen economías por un lado, y por otro se aumentan los gastos; se hacen empréstitos, y no se quiere decir cómo y de qué manera, y al mismo tiempo que los gastos en resumidas cuentas no se disminuyen, no se buscan los medios de lograr mayores ingresos. Todo lo contrario; los ingresos que se suponen para el presente año económico (!) son en gran parte ilusiones livianas como el placer... de hacer revoluciones para luego no saber salir del atolladero.

¡Vaya! caballeros, devuélvanos Vds. el dinero que valen la percalina gastada en su obsequio y los aplausos que les dimos cuando creimos que iban Vds. á remediar todos los males que trajo sobre España la dominacion moderada.

Para este viaje no necesitábamos alforjas, ni Riveros con mas humos que el Czar, ni todas las demás gangas que nos han proporcionado Vds.

¡Jesús! ¡qué gente!

En Madrid hay orden, orden republicano, que decimos ahora los filósofos, pero eso no se lo debemos al gobierno, sino á que no nos dá la gana á los madrileños de alterar el orden, pero en provincias, ¡ah! en provincias es una delicia lo que sucede.

Se ha perdido ya la cuenta de los asesinatos cometidos desde Setiembre acá, unos por motivos políticos (!), y otros por aquello de que ahora nadie hace caso de la justicia.

Se empezó por asesinar á un gobernador,—que por cierto no se ha publicado todavía la causa, ni se sabe si los que le asesinaron están en presidio ó paseándose,—y desde entonces se ha dado muerte á varios alcaldes y á varios eclesiásticos.

Yo no sé si son carlistas ó republicanos ú otra cosa los autores de esos crímenes: pero el caso es que ya vá picando en historia lo que sucede.

A todos los partidos interesa que no se achaquen á motivos políticos esos asesinatos; porque si efectivamente son esos los motivos, los que no medran con la política, los que trabajan y no piden mas que buen gobierno, y paz y economía, tendrán que emigrar avergonzados de lo que pasa.

Ahora se ha levantado en Sevilla una partida, que dicen que es republicana; todo el mundo lo sabia allí, y se la ha dejado marchar libremente, como si fuera á una comida de campo.

¡Bonita situacion y bonito gobierno!

Todo está aquí desquiciado, empezando por el ministerio, que yo no he visto nunca un ministerio que vaya con mas entusiasmo por los cerros de Ubeda.

¿Quién ha visto escena semejante á la de un presidente del Consejo desmintiendo á uno de los ministros?

¿Quién ha visto á un ministro atacado como lo ha sido el de Hacienda continuar en su puesto?

¿Quién ha visto que contra la opinion unánime del país se establezca un impuesto que no se ha de pagar?  
 ¿Quién ha visto, en fin, dar ascensos sin medida y recompensas é indemnizaciones cuando no hay uncuarto?...  
 ¿Están Vds. locos?  
 Pues á Leganés ó á San Boy.

Por supuesto que la oposicion, eso sí, se luce tambien. Los neos y moderados que odian la imprenta, que cuando mandan hacen leyes de imprenta con las que no se puede escribir ni siquiera lo razonable, ahora que hay libertad apelan á esa misma arma que abominan y la usan de la manera mas indigna.

A Rivero se le llama en los periódicos neos y moderados, en estos sobre todo, borracho ó poco menos.

A Ruiz Zorrilla le llaman de una manera mas ó menos ingeniosa, pero siempre indigna, animal.

Y á este tenor, á los demás personajes de la situacion. ¡Hombre! por María Santísima, si la prensa dá la medida de la ilustracion de un país, ¿qué idea se puede formar de un país donde hay periodistas que insultan como rabaneras?...

El gobierno no persigue esos excesos, porque sabe que haria un personaje político interesante de un cualquiera que fuese condenado por haber llamado borracho ó ladrón ó animal á un ministro; pero es una indignidad, repito, que para eso sirva la libertad de imprenta, y en vista de los abusos que se vienen cometiendo por ciertos periódicos de la libertad de escribir, sentimos que la imprenta no puede, no debe ser enteramente libre en un país donde la política no es mas que odio y venganza, y donde tan fácilmente se olvidan las mas sencillas nociones de la buena educacion.

Los extremos son viciosos.

La demasiada tirantez es un abuso; la libertad completa de la prensa es un gran peligro.

Y sobre todo, habiendo libertad de imprenta no debe haber prensa clandestina, y prensa clandestina es esa nube de periódicos anónimos, que pueden calumniar é insultar impunemente. Todo el que escribe para el público debe responder de lo que escribe; el que tiene razon y no se excede, no puede tener motivo para ocultarse; el que se oculta, el que tira la piedra y esconde la mano no está muy seguro de obrar bien.

He leído el manifiesto de mi tocayo D. Carlos. No está mal escrito, no señor, porque yo digo lo que siento siempre.

Hay hasta habilidad en el manifiesto, se vé tendido el anzuelo con cierta picardia, y en fin, no debe ser rana el que lo ha redactado.

Pero, dispense V., señor don Carlos; Vds. los hijos, sobrinos, nietos ó primos ó sobrinos de reyes son unos infelices que no saben lo que les conviene; V. en su manifiesto lo primero que manifiesta es una superioridad y un *empaque*, por decirlo así, que no me parecen del caso, porque, aunque V. diga que no es pretendiente á la corona, y que ya la tiene puesta y otras hipérboles por el estilo, lo cierto es, acá para entre los dos, que demasiado sabe V. que todo eso es pura conversacion. V. pretende la corona y quiere que se la demos, y si no se la damos. V. no se la puede poner, eso lo sabe V. como yo. Pues bien, ¿no valia mas que se hubiera V. presentado mas

modesto, y no hablándonos con aire de autoridad, como si ya fuera V. no nuestro rey, sino nuestro amo, y nos tuviera V. á todos uncidos en los coches de sus reales caballerizas?...

¡Hombre! tómeme V. por consejero, con buen sueldo y cojo y voy á París, y le haré á V. buen servicio.

Lo primero que haria seria declarar apócrifo el manifiesto ese, y escribir otro que dijera esto, poco mas ó menos:

«Caballeros, Vds. no tienen rey, y quieren uno que sea hijo de reyes ó pariente cercano. Pnes bien, anoche hablando con mi señora, nos ocurrió decir á Vds. que yo soy pariente de reyes, que soy jóven, que no he hecho mal á nadie, que tengo buena salud y me recojo temprano, y que si Vds. me quieren hacer rey, por aquello de que soy de la familia de ellos, lo celebraré, y sino tan amigos como antes. Yo tengo buena intencion, y gastaré poco, y gobernaré con prudencia y con equidad. De lo pasado no se hable; mi abuelo tuvo una cabeza mas dura que un guardacanton, pero ahora no me acuerdo yo de mi abuelo mas que para encomendarle á Dios; él queria gobernar con el palo levantado; yo no estoy de ese modo de pensar.

Con que no canso mas. Si creen Vds. que les puedo ser útil, me llaman y en seguida me pongo en camino con mi mujer y los chicos, y sino me llaman Vds., ¡cómo ha de ser! que Vds. se alivien, que bien malos están.

Por supuesto que entraré con la condicion de que sino sirvo para el paso, me lo dicen Vds., sin reñir, y me vuelvo á Francia; pero si sirvo, cuidado con armarme una zancadilla!

¡Ah! no hagan Vds. caso de lo de Borbon, porque esa es una puerilidad. Nadie tiene la culpa de llamarse como su padre: ¿Querian Vds. que yo fuera de la Inclusa?»

Hablando de esta manera al pueblo el señor don Carlos, el pueblo hubiera dicho:

—¡Hombre! bien, parece V. un buen chico y le tendré á V. presente por si acaso, porque, lo que V. dice, ¿qué culpa tiene V. de lo que hizo su abuelo?

Pero el pueblo que se encuentra con un manifiesto que por vanidad no ha dirigido el señor don Carlos al pueblo, sino á su hermano, y lo lee y vé en todo él un afán de superioridad y de mando que no están muy conformes con la situacion del pueblo y de don Carlos, tiene que sentirse herido en su amor propio, y exclama, valiéndose de una expresion vulgar:

—¡Pues no gasta poca *fantasia* el señorito!

Por lo demás, hay en el manifiesto de don Carlos ideas aceptables, y no es un exabrupto realista, como presumian muchos que habia de ser.

El que ha escrito el manifiesto conoce bien que ya no estamos en los tiempos de Maricastaña cuando se estilaba llevar gente á quemar con corozas y caperuzas, y habia brujos y otros endemoniados personajes.

Ahora se hila mucho mas delgado.

## LOS QUE CONOCEN EL TERRENO.

(Conclusion.)

Nos pusimos en marcha, y mi hombre se paró infinitas veces durante el trayecto para saludar á las personas que hallá-bamos al paso.

Trataba á todos con franqueza, como á antiguos amigos, y todos se quedaban mirándole despues de saludarle, como diciendo:

—¿Quién es este señor?

Nuestro viaje desde la fonda á los jardines duró mas de media hora, porque entre las paradas, para dar un apretón de manos á sus conocidos, y las que nos obligaba á hacer para explicarnos la historia de las casas y de sus moradores antiguos y modernos, trascurrieron treinta minutos que á mí me parecieron, por el lujo de los detalles, lo menos un par de horas.

Por fin llegamos á los jardines y allí fué ella.

D. Blas queria conducirnos á todas partes á un mismo tiempo, porque como conocia el terreno, deseaba lucirse.

Su mas vivo deseo era llevarnos á la Boca del Asno, y nos guió por un atajo erizado de piedras, salpicado de baches, y mas intrasitable que la célebre *transitoria* de que habló no hace mucho un bien humorado prócer en el palacio de la ley.

La jóven se quejaba amargamente: sus delicados piés recibían heridas mortales; su flotante vestido y el céfiro con que simulaba cubrir su bosquejada cabeza, se enganchaban en los matorrales que obstruían el paso. El jóven empezaba á dudar de la pericia de su tío; en cuanto á mí... ya se figuran mis lectores lo que pensaría.

—¿Pero está V. seguro de que se vá por aquí? le preguntamos los tres.

—¿Pues no he de estarlo? respondió muy ufano. *¡Si como seré yo el terreno!* Algunos pasos mas y daremos con el Asno.

Por mi parte sin conocer el terreno, creia estar cerca de él. Llevábamos ya andado un largo trecho, cuando la suerte nos deparó un buen hombre.

—Pregunte V. á ese aldeano, le dije, si estamos cerca de la Boca...

—¿Qué le he de preguntar? exclamó semi-indignado; eso sería rebajarme.

—Sin embargo, yo le preguntaré, y... dicho y hecho.

—¿La Boca del Asno? contestó el aldeano despues de oír mi pregunta, se la han dejado Vds. detrás. Por este atajo no llegarán Vds. allá en toda la vida.

Su respuesta nos desconsoló.

—Es verdad, dijo D. Blas; ahora caigo en que nos hemos equivocado. Pero no importa, volvamos piés atrás y nada se ha perdido.

Desandamos lo andado.

Al llegar á la puerta de los jardines, se ofreció un guarda á acompañarnos, pero D. Blas insistió en que conocia el terreno; y para concluir, añadiré que gracias á su experiencia, nos quedamos sin ver lo principal de los jardines, pero mas fatigados y aburridos que los que despues de emplear un dia en una batalla, la pierden á la noche.

Regresamos á la fonda, no sin que nuestro *cicerone* tratase de justificar su torpeza, diciendo que en seis años todo habia cambiado, que cuando él estuvo seis años antes fué en el mes de agosto, y que entonces era cuando habia que ver el real sitio. Nos prometió que al dia siguiente seria mas afortunado, y nos pusimos á comer.

El jóven provinciano, á quien el ejercicio habia sin duda abierto el apetito, se dedicó con una voracidad anti-estética á un hermoso salmon que nos sirvieron, é hizo á todos los platos los honores, como si no se hubiera visto en otra.

## LA NOVELA DE LAS NOVELAS.

(Conclusion.)

VII.

### Un encuentro imprevisto.

Aristides pasó la mano sobre su sombrero, se lo caló, y comenzó á viajar sobre la vertiente de la colina.

Una berlina paró de pronto á su lado, y al admirar la temeridad del cochera, la rueda se enganchó con un tronco de árbol, los caballos cayeron en tierra, y la berlina, hecha mil pedazos, cayó en el abismo.

Aristides quiso correr en auxilio de los viajeros, pero vió salir por la portezuela un personaje á quien conocia.

Era el Desconocido.

—¿Desgraciado! exclamó, estrechando á Aristides en sus brazos, ¿cómo andas por este país sin el auxilio de tu único amigo?

—¿Cuán bueno sois! exclamó Vénard conmovido.

—Ya sabes que me he consagrado á tí. Puedes hacer lo que quieras, yo alejaré las espinas de tu camino, yo desgarraré el testamento misterioso, y probaré que el conde es un asesino, y te devolveré la herencia de tus padres.

—¿Cuánto os lo agradeceré!

El desconocido enjugó una lágrima que surcaba su broncado rostro.

—En primer lugar, añadió cogiéndose del brazo de Aristides, vas á atravesar la antigua Romancia, porque este país se divide en muchas provincias. En otro tiempo era muy limitado, habia pocos habitantes, y los pocos que habia eran príncipes y héroes de los mas sublimes.

Todos recuerdan el nombre de los aventureros de sus primeros habitantes. Los caballeros de la Tabla Redonda, Palmerin de Oliva, Pigmaleon de Grecia, Amadis, Rolando, Melusina, y otros muchos cuyos nombres no recuerdo en este instante. Todos llevaron á cabo grandiosas aventuras con los génius, los hados, los encantadores, los gigantes, siempre combatiendo, jamás vencidos.

Así, pues, sus triunfos convirtieron la Romancia en el mas hermoso país del mundo.

Pero tanto brillo despertó la atención de muchos extranjeros, y entre otros llegaron Faraon, Cleopatra, Ciro, Polixandro... etc., etc.

A cosa de las diez nos instalamos en nuestros cuartos, la jóven en el núm. 3, su hermano y su tío en el 4, y yo en el 5.

Gracias al cansancio, quedé profundamente dormido; pero á la media noche vinieron á sacarme de los plácidos brazos de Morfeo, los quejidos del jóven provinciano y la desentonada voz del bueno de D. Blas.

—¿Qué pasa? pregunté.

—¿Que ha de ser? contestó mi hombre, ¡que este muchacho se ha puesto malo!

—¡Llame V. á los criados, y que le traigan thé.

—¡Por supuesto! Como si fuera regular poner en movimiento á todos los moradores de esta casa, por la indisposicion de mi sobrino. Nada, nada, yo conozco el terreno: iré sin armar ruido á la cocina, ya sé dónde está el thé, es muy posible que haya candelera, y en un decir Jesús, sin que nadie se entere, todo queda arreglado.

Procuré disuadirlo, pero fué inútil.

D. Blas se puso en marcha, y obró con tanto tino, que algunos minutos despues la fonda era un infierno. En vez de dirigirse á la cocina, levantó un picaporte, dió cuatro pasos, tropezó en una silla, al ruido que produjo se levantó del lecho sobresaltado y dando gritos, el ama de la casa; D. Blas que conoció su error, salió precipitadamente con intencion de dirigirse á su aposento, pero se equivocó tambien y dió en el cuarto de la maritornes.

A las voces de esta, acudieron los demás huéspedes; unos gritaron ¡fuego! otros ¡ladrones! nadie encontraba fósforos para encender las velas; los unos tropezaban con los otros al atravesar los corredores, y en medio de aquella confusion y de aquella algazara, nadie podia entenderse, hasta que apareció una luz, á cuyo resplandor se presentó á mis ojos un espectáculo digno de una linterna mágica.

D. Blas, que persistia en conocer la casa, fué hallado en un granero, y eso que la cocina estaba en el piso bajo.

Dió toda clase de esplicaciones, y todos convinieron en su inocencia, pero al mismo tiempo le llenaron de improperios.

Convencido de que mientras estuviese mi hombre en el Real Sitio no podria ver la Granja, resolví pasar dos ó tres dias en Segovia, para volver cuando él se hubiera ido.

Sin embargo, no debia ser aquella la última vez que nos encontrásemos. Mi mala suerte volvió á colocarme cerca de él en una butaca del teatro de la Zarzuela, la última noche que se puso en escena *Barba azul*.

—Cuánto celebro hallar á V., me dijo. Estando juntos no nos aburrirémos; y acto continuo empezó á referirme el argumento de la obra, las vidas de los actores, la del autor, en una palabra, apuró sus conocimientos.

Al acabarse el primer acto abandoné el teatro, y desde entonces voy por las calles con cien ojos, temeroso de hallarle.

JUAN DE MADRID.

## LETRILLA.

Esa hechicera mujer  
que vive para el amor;  
esa que mandó el Señor

No debia durar el esplendor mucho tiempo, y fueron admitidos aventureros, criados, horteras, tenderos, ladrones de profesion, y hasta se llegaron á ver mujeres de mala vida, por lo que fué preciso dividir el país en varios departamentos.

Esas torres de plata, esos palacios de diamante, marcan el límite del Reino de la Caballería. Muchos monstruos con lenguas de fuego nos impedirían penetrar en él, porque he olvidado mi talisman; pero inclinándonos un poco hácia la izquierda, entraremos en la alta Romancia.

VIII.

### Dictionary poket. (Diccionario de bolsillo.)

—¡Ah, qué hermosas mujeres! exclamó Vénard.

—Parecen rosas, dijo el Desconocido.

—Me parece ver detrás de ellas algunos puntos encarnados, blancos y amarillos.

—Son flores que nacen donde ponen el pié.

—¿Me será permitido dirigir la palabra á esa encantadora morena, que vá tan descotada?

—¿Por qué no? Pero tened cuidado; no pronuncies ninguna palabra vulgar.

Hé aquí todas las palabras que componen el vocabulario de esas jóvenes: Amor, Odio, Traspuestos, Deseos, Alarmas, Esperanzas, Placeres, Belleza, Crueldad, Perfidia, Celos, Yo languidezco, Me muero, Corazon, Sentimientos, Goces, Musgo, Atractivos, Felicidad, Desgracia, Verdura, Votos, Juramentos, Ternura, Formas, Satin, Abrasador, etc., etc.

—Con este pequeño vocabulario no se necesita pensar, ni mucho menos tener talento.

—Corramos, dijo Vénard, ardo en deseos de acercarme al objeto de mis esperanzas.

—¡Bravo! exclamó el Desconocido.

Ella eclipsa lo mas bello del mundo, es la obra maestra de los dioses, la madre de las gracias, encadena todos los corazones, cualquiera diria que era Venus en persona, y hasta el mismo Amor le tomaria por su madre.

IX.

### Aristides encuentra á Manon Lescot.

La bella acudió al encuentro de Aristides, y le tendió la mano.

—¿Os admirais, le dijo, de la libertad que me tomo? Me llamo Manon Lescot.

á la tierra descender  
para hacernos comprender  
lo bueno que hay por allí...  
para mí.

Y esa que en coquetear  
emplea su juventud,  
y piensa que la virtud  
se opone á su bienestar;  
esa que solo bailar  
sabe, y ceñirse el corsé...  
para usted.

La que sencilla y amable  
es de todos respetada;  
la que ostenta immaculada  
su virtud inquebrantable,  
y en su pasion inmutable,  
sabe amar con frenesí...  
para mí.

Y la que hipócrita miente  
cariño y virtud sin tasa;  
la que las horas se pasa,  
envidiosa y maldiciente,  
en difamar á la gente,  
que su perfidia no vé...  
para usted.

Esa niña pura y buena,  
que en su virginal candor  
no comprende que es amor  
lo que el alma la enajena;  
esa que dulce y serena  
siempre en mis ensueños ví...  
para mí.

Y la que torpes pasiones  
muestra en lascivo mirar,  
y se ocupa en explotar  
amantes bobalicones;  
esa que trueca en doblones,  
su honestidad y su fé...  
para usted.

La niña que en grado igual  
es pura, dócil, hermosa,  
rica, discreta, graciosa,  
intachable en lo moral;  
en fin... un sér ideal,  
más que mujer, una hurí...  
para mí.

Y la setentona fea,  
que bruja ó diablo parece;  
esa que ni aun mereca  
por egoísta y por nea,

—¡Ah! señora, ¡vos gozais en el mundo de mala reputacion!  
—No creais que me apuro por eso. Cuando se publique la historia de vuestros contemporáneos, no habrá muchas virtudes que resistan á la prueba. La mujer tiene las mismas pasiones y los mismos vicios que el hombre, con menos energía que él para resistirlos.

—Permitidme, señora; yo he conocido en Augulema muchas mujeres virtuosas: ahí teneis á madama Simon.

—Vos no habeis sido ni su cómplice ni su confidente, por eso la desconoceis. Por lo demás, si mi reputacion es dudosa, se debe á los autores dramáticos, que, por hacer su negocio, me han condenado.

Aristides se asombró al oírlo y exclamó:

—Señora, vuestras palabras hacen palidecer á mi sombrero: veo que no sois más que una *dama de las camelias*.

Al ver que Mlle. Lescot se disponia á sacarle los ojos, el Desconocido se apresuró á dirigir á Vénard por otro lado.

X.

### Algunas industrias á la moda.

—Hé aquí, mi querido amigo, le dijo, el barrio de los industriales de este país.

Los manufactureros son raros, pero los arregladores abundan. Los comentadores se apoderan del detalle mas insignificante y le dan tantas vueltas que consiguen fabricar una obra voluminosa. Los zurcidores son menos ingeniosos: todo su arte consiste en presentar como nuevo lo mas viejo y usado. El escritor que publique un dia las impresiones de nuestro viaje será un zurcidor.

Estos tienen por auxiliares algunos tintoreros, á los que llaman colaboradores.

Los verdaderos pintores son pocos; pero en cambio se encuentran iluminadores asombrosos.

Los últimos que se han instalado en todas las nuevas tiendas constituyen el adelanto del artificio moderno.

Impulsados por la sed de publicidad, y no teniendo ni la imaginacion, ni la fecundidad necesaria, estos industriales se apoderan de obras ajenas, cambian los hombres en mujeres, y recíprocamente, siendo difícil reconocer una novela despues de pasar por sus manos.

Recomiendo este procedimiento á todos los que se lanzan á la literatura con este ingenio que sed de gloria.

—Todos esos personajes me atacan á los nervios, dijo Aristides, confundámonos con aquel grupo de paseantes.

que emprenda yo la tarea,  
de hallar consonante en ó...  
para usted.

R. QUILEZ.

EL HOMBRE DE BIEN.

Llámanse hombre de bien en el mundo á un sujeto que no hace daño á nadie, que es modesto, pacífico, bondadoso y cumple sus deberes y no estorba á persona alguna.

Parecía como que el feliz mortal que tiene tan buenas condiciones de carácter debía vivir tranquilo y respetado, y no tener jamás que lamentarse de las sinrazones del prójimo, toda vez que el prójimo no recibe de él daño, sino por el contrario, todos los beneficios posibles.

Pero el hombre de bien no tiene nunca esta fortuna. Esa cualidad que parece debía ponerle á cubierto de todo disgusto, de toda contrariedad, es precisamente la que mas le expone á ser el juguete de todo el mundo y á quedar siempre como quien dice, en las astas del toro.

Veán Vds. lo que pasa en política.

En todos los partidos hay alguno de quien se dice que es un infeliz, un hombre de bien; pues este hombre de bien precisamente es aquel á quien mas jugarretas hacen los hombres políticos, y el destinado á hacer el oso en la situación de que forma parte, para que luego se pueda decir:

—El tiene la culpa, es un hombre de bien, pero no sirve para nada.

Y veán Vds. como por ser hombre de bien se hacen con él todos los abusos posibles, y cuando van mal dadas, á él se le echan todas las culpas.

Cada partido político tiene como relumbron algun personaje á quien se llame un hombre de bien, con el que el partido juega á la pelota, y á quien se le piden todos los sacrificios y se le paga con hacerle responsable de todo lo malo que otros hacen.

Ya se ha adelantado mucho en picardías políticas y son raros en los partidos los inocentes á quienes se llama hombres de bien; todos nos hemos convencido ya de que la política es una gran farsa y que hombre de bien, en política, es sinónimo de tonto.

Así ven Vds. entre los hombres políticos cada vez que mete miedo, capaz de jugar á la pelota con todos los hombres de bien que se le pongan por delante.

¿Quién duda de que es un hombre de bien el padre de familia que economiza y ahorra para sus hijos, y no se permite el menor gasto superfluo, y se recoge temprano, y se viste en roparía, porque es mas barato, y no tiene lios ni trapicheos?...

Pues á este hombre de bien, que es un bendito, incapaz de hacer daño á una mosca, vá á buscarle un agente de una sociedad de crédito y le hace imponer en las cajas imaginarias de la sociedad el porvenir de sus hijos, con el cual se queda al fin y al cabo un prójimo, que sino es precisamente hijo suyo, es un petardista, que estaba perdido mas que una rata á imaginé para encontrarse hacer venir á sus manos el dinero de los hombres de bien, porque ningun pillo se deja engatusar por otro pillo.

EL BARON DE LUZI.

—¡Mi campanilla! ¡mi campanilla! Dos años de vida para conocer el secreto de esa mujer.

RAFAEL.

Vuestra campanilla y vuestras fichas se parecen singularmente á mi piel de zapa.

EL BARON DE LUZI.

No he encontrado mas que una mujer virtuosa, y ¡era adúltera!

VILLEFORT.

He visto mujeres adúlteras, pero ninguna de ellas era virtuosa.

MODESTE MIGNON.

¡Mujeres, no escribais nunca á un poeta! Esos hombres son mas interesados y menos interesantes que los otros. Yo escribí á Canalis, y Legouvé fué quien me contestó.

EDMUNDO DANTÉS.

...Y la vela desapareció en el horizonte.—Muy bien, pero ya hace muchos años que estoy soltero.

Vamos á ver, Dumas, decidnos:

Habeis prometido á los lectores una novela que sirva de final á la mia.

TOLLA.

Yo queria saber como Stendhal ha hecho sus crónicas italianas, y si los autores de novelas históricas son gente escrupulosa. ¿Creeréis que han querido negarme su origen? La mujer era italiana, pero la novela francesa.

MADAME DE MORTSAUF.

Convendría morir de un amor violento si la virtud estuviera exenta de todo histórico; el amor está lleno de poesía; pero la sangre se debilita.

JORGE LESTER.

Dedicada exclusivamente á compartirle, sin cesar me juraba su amor, lo que no era un óbice para que la hallase siempre rodeada de temores ligeros, y de una porcion de parásitos adolorados. ¡Oh, mujeres! ¿Qué es lo que necesitáis, toda vez que el amor mas sincero mas puro y no puede bastaros?

INDIANA.

¡Qué lástima que el hombre que se casa con nosotras tenga que ser fatalmente nuestro marido.

MARGARITA DE BORGÑO.

¡Buen caballero, dos palabras!

Y la gente que sabe que á aquel hombre de bien le han limpiado bonitamente, exclama:

—¡Para que ha sido tonto! en el mundo no se puede ser hombre de bien.

Quando vean Vds. que á un vecino le echan de la habitación que ocupa, embargándole antes cuanto en ella tenia, pueden Vds. decir casi sin temor de equivocarse:

—Ese es un hombre de bien, que no ha sabido engañar al casero, porque al tramposo y al petardista no se les echa de la casa, aunque deban mucho, y cuando se logra hacerles mudar de domicilio, suele ser á condición de no pedirles lo que deben y de que no se hable mas del asunto; y casos se dan de caseros tiranos con los hombres de bien que han dado dinero encima al pillo que no les ha pagado, porque les ha prometido que únicamente recibiendo algun auxilio, se decidirá á dejar la habitación.

De manera que en este ejemplo se vé claramente premiada la pillería.

El hombre de bien, cuando la fortuna le vuelve la espalda, se amilana, se acoquina, y sucumbe; el pillo se muestra mas soberbio y satisfecho que nunca, y antes de que le impongan los ingleses él les impone, tratándoles no como á personas, á quienes está obligado, sino como á favorecidos suyos que le deben estar sumamente reconocidos; y no es lo malo que haga esto; lo peor es que consigue dominar la situación, y mientras el hombre de bien se desespera y se muere, él se divierte y vive con la mayor frescura y con la mas completa salud que solo para él desea.

Y el mundo que sabe perfectamente que este, que se presenta tan erguido cuando solo para estar abatido tiene motivos, es un tuno de marca mayor, y que aquel otro que se muere de hambre y de vergüenza en un rincón es un hombre de bien, á quien, no los vicios, sino su hombría de bien y la confianza en los demás le han traído á precario estado, deja á éste que se muera, y halaga y festeja al otro, celebrando su ingenio, travesura y serenidad, y siempre le facilita todos los recursos que pide, y le ayuda á levantarse.

Al hombre de bien tambien se le ayuda... á caer.

La mayor parte de las veces que he oido referir alguna de esas tristes historias de matrimonios desavenidos, alguna de esas vergonzosas infidelidades á que arrastra á las mujeres casadas la perversidad de las costumbres sociales, casi siempre he oido tambien la desconsoladora observacion siguiente:

—Y el marido es un hombre de bien, lo que se llama un hombre de bien.

Diganme Vds.; ¿no dice esto mucho acerca del deplorable estado de las costumbres?...

Y otras muchas veces, cuando el marido es el perjurio y el infiel se suele oír:

—Y ella es una santa, y está enamorada perdida de su marido que la ha gastado un caudal y la ha abandonado con tres hijos, y sin un recurso.

Esto desconsuela.

La suerte del hombre de bien en el mundo es poco favorable, siempre ó casi siempre, para que no se me tache de absoluto en mis afirmaciones.

El militar que no se pronuncia, que es soldado y nada mas, y no se mete en política, porque no es su mision, y obedece

ciegamente como es su deber, al gobierno constituido, podrá llegar á general en el otro mundo, si allí continúa la escala de los ascensos, porque lo que es aquí no le dejará á su mujer seguramente mucha excelencia ni mucha viudedad.

El escritor que no hace política pesimista, que no insulta, que no hace política intransigente de partido, que juzga á los hombres por sus hechos y no por sus nombres, y que ni adula ni se venga, no llegará nunca á ser un personaje, ni acaso logrará hacer oír su voz sincera, conciliadora y razonable, en esta Babel donde se han desatado todas las lenguas de la procaacidad y la desvergüenza, y donde la pasion política hace olvidar consideraciones de cortesía, de compañerismo, de amistad y hasta de bien público.

El empleado que trabaja como un negro, que hace lo que es de su incumbencia, y además lo que es de obligacion de los privilegiados que no hacen mas que darse una vuelta por la oficina, ó acaso no darse esa vuelta mas que el día en que se dá la paga, ese pobre mártir es traído y llevado en todos los arreglos que se llevan á cabo en la dependencia donde sirve, es víctima de todas las reformas y supresiones, y entre cesantías y traslaciones, nunca puede tener desempeñada la paga, y el día que le dan un ascenso, que se lo dan de quince en quince años, ya se puede asegurar que caerá el ministro que se lo conceda para que venga otro y le deje en la calle.

Pero todos sus jefes y compañeros están acordes en que es un hombre de bien, y en efecto, bien se le conoce por el pelo que echa el infeliz.

Pero el que es un tuno de siete suelas, ese no solo no tiene destinos mezquinos, sino que sienta plaza con uno de gran sueldo, y lo sirve lo mismo que mi abuela, que no supe nunca que fuera covachuelista, y gana en vez de perder en todos los arreglos que se hacen, y hasta los cambios mas radicales de gobierno, los que producen un desbarajuste general en las oficinas, y una mudanza completa de servidores del Estado le vienen á resultar propicios y á servirle para seguir subiendo.

Estos ejemplos, sin otros muchos, bastan para convencerse de que tal está el mundo que aquella condicion que precisamente debía enaltecer al hombre y hacerle digno de respeto es la que le proporciona mayores penalidades y desengaños.

Tal es el mundo, y por ahora no se vé cercano el remedio del mal; consuelo es, sin embargo, esperar que llegará tiempo en que haya lógica, y el hombre de bien sea el que se eleva por encima del tuno y del mal intencionado: mucho habra cambiado para entónces el mundo.

No vayan Vds. á creer que yo quiero decir que estando así organizado—ó desorganizado,—el mundo,—conviene no ser hombre de bien, y se debe aconsejar en ese sentido á los que empiezan á vivir.

Todo, menos eso.

Si el mundo no hace gran caso de los hombres de bien, no importa; no por el mundo, sino cada cual por sí mismo debe ser hombre de bien.

El hombre de bien, por mucho talento que tenga, se deja engañar alguna vez, alguna vez se vé burlado por el pillo, pero en su tranquila conciencia, en su conviccion de haberse conducido noble é hidalgamente, aun siendo mal recompensado, encuentra un bienestar y una satisfaccion que valen mucho para las almas honradas y de elevadas aspiraciones.

BURIDAN.

Mambrú se fué á la guerra  
Mirondon, mirondan, mirondeira.

XI.

Donde se prueba que solo las montañas no se encuentran jamás.

—¡Oh! exclamó Aristides, ¿qué va á pasar aquí?

El desconocido le arrastró vivamente hácia una calle desierta.

—Jóven, le dijo, sería inútil escuchar mas tiempo esas futilidades; la vida es un valle de lágrimas. Preparaos á soportar los mas terribles dolores.

Aristides levantó la frente, revelando en su fisonomía el terror.

—Poned la mano sobre mi corazon, dijo con énfasis, y si lo sentís latir, no atribuyais mi agitacion al temor.

—Está muy bien, dijo el Desconocido, ya me hallareis á su tiempo y en lugar oportuno.

Aristides quedó solo, abandonado á los mas, tristes pensamientos.

—¡Dios mio! murmuró; mas me hubiera valido quedarme en Angulema.

Y levantó los ojos al cielo; pero su mirada se detuvo en el primer piso de una casa que estaba enfrente de él.

Una jóven se apoyaba sobre la barandilla del balcon.

Aquella mujer... era Eulalia.

Vénard lanzó un grito y dió un paso para acercarse á ella; pero Eulalia le recomendó el mayor silencio, poniendo el dedo en sus labios.

Se ocultó de su vista por un momento, y volvió con una escala de seda, que dejó caer rápidamente, apoyándola antes á los hierros del balcon.

Dos minutos despues, Aristides se hallaba en sus brazos, rodeado de una multitud de niños que jugaban sobre la alfombra de la habitación.

—¿Me has sido infiel?

Eulalia se ruborizó visiblemente.

—Esa pregunta es una injuria.

—¿Y esos angelitos?

—Los he adoptado, hé aqui todo el misterio. ¡Oh, Vénard mio! ¿seriais capaz de comprometer mi felicidad?

Aristides cayó á los piés de Eulalia y la pidió mil perdones por sus sospechas!

XII.

El rapto.

Doce campanadas resonaron en el espacio.

Una silla de postas aguardaba en el ángulo del Mercado de los Bueyes.

Una mujer enmascarada y vestida de negro, abrió de pronto la portezuela del carruaje y la cerró despues de entrar.

El carruaje partió á galope.

—¡Parad! ¡parad! gritó la dama.

El postillon se hacia el sueco.

—¡Parad os digo! ¿Quereis hacer morir á una pobre mujer?

El postillon continuaba callando.

Quando el carruaje dejó tras sí la alameda, se apeó el cochero.

—Tranquilizaos, señora, dijo en voz baja. Aristides ignora que, asediada por vuestra familia, sois esposa de otro; pero, el infortunado, celoso del conde, y pronto á cometer cualquier locura, ha sido conducido á la fortaleza de las Trece Torres.

—¡Piedad! ¡piedad! murmuró la viajera.

—Tranquilizaos, añadió el postillon; dentro de media hora Vénard estará á nuestro lado; podeis dar fé á mis palabras. Soy el Desconocido.

XIII.

La evasion.

Abandonemos por un instante á la miserable Eulalia, y volvamos á seguir los pasos de nuestro héroe.

Aristides, arrojado bruscamente en el fondo de un calabozo, y sin otra distraccion que un cántaro de agua y un jergon de paja, se apresuró á romper el cántaro.

Provisto de un guijarro, comenzó su tarea.

La pared tenia lo menos siete metros de espesor.

Al cabo de algunos minutos logró Vénard hacer un agujero, suficiente para evadirse por él.

Degolló á tres centinelas, y escaló las fortificaciones.

Al caer dió su cuerpo afortunadamente en unas yerbas, no se hizo daño y echó á correr como un desesperado.

Un momento despues estaba al lado de Eulalia.

El carruaje partió á galope.

Conclusion.

Aquel día la ciudad de Angulema se habia ataviado con sus mejores galas.

Las campanas tocaban á vuelo, y todos los semblantes revelaban la mayor alegría.

El testamento del padre de Vénard habia sido hallado, y acababa de celebrarse la boda de Eulalia con Aristides.

El desconocido se dió entonces á conocer.

Era lord Palmerston.

Laura se refugió en el convento de las Arrepentidas, lo que prueba que los decretos de la Providencia son impenetrables.

AURELIANO SCHOLL.

Entre ser agresor y ser víctima, vale más ser víctima. Eduquen los padres á sus hijos, con el ejemplo sobre todo, para que sean hombres de bien, y de este modo se llegará un día á la gloria de que no haya en el mundo más que hombres de bien.

Ese es el verdadero progreso; que todos los hombres vivan como hermanos que son, y que no haya aquello de quién engaña á quién.

Por ahora, hay que tener paciencia; los hombres de bien son los que llevan los golpes.

FRONTAURA.

CASCABELES.

Hace cuatro días se presentó en esta redacción un caballero que nos dijo estar comisionado por los tertulios de una casa de esta corte para interesar á El Cascabel en una buena obra, inspirada por la lectura de algunos sueltos de este periódico en favor de las amas que crían á los niños de la Inclusa y á quienes ó no se paga ó se las paga con un atraso increíble.

Los señores que se reúnen en esa casa, acordaron fundar una suscripción con que socorrer á las amas de cría encargadas fuera del establecimiento de los niños expósitos, quienes no pueden ser cuidados con el esmero que necesitan las tiernas criaturas, si á las amas no se las paga, y por lo tanto se las obliga á buscar de otra manera su subsistencia.

Aceptada la idea, se reunieron 200 rs. como base de la suscripción, y estos 200 rs. son los que el caballero citado nos entregó el otro día, con objeto de que abriéramos la suscripción en El Cascabel y recibiéramos en la Administración las cantidades que las personas piadosas quieran dar con aquel objeto.

No podemos negarnos á admitir este encargo y queda abierta en nuestra Administración la suscripción para socorrer á las amas de cría encargadas de niños de la Inclusa fuera del establecimiento.

Publicaremos la lista de los suscritores para esta buena obra, y á su tiempo la distribución de los fondos recaudados.

El señor Puig y Llagostera, ha escrito una carta al señor Figuerola, á propósito de los insultos que este señor le lanzó en el Congreso.

El señor Puig defiende la protección al trabajo nacional, que es verdaderamente la única salvación de España, y dice verdades de á fólío en su carta acerca de lo que aquí se entiende por política y por hombres políticos, y se lamenta de que las ideas de unos pocos se sobrepongan al espíritu del país, que no puede ver con indiferencia la ruina de los productores españoles.

No; no es patriotismo negar la protección á los compatriotas y concedérsela al extranjero, que no otra cosa significa el libre-cambio.

Los presos en la cárcel del Saladero han elevado una exposición pidiendo indulto. Suponemos que se concederá á los que lo sean por faltas leves.

Con los hombres que cometen alguna falta, por imprudencia, por ceguera, sin estar azeados al crimen, se debe ser siempre clemente, así como se debe emplear todo rigor con los que tienen el delito por profesión.

Los presos son desgraciados y debemos interceder por ellos.

¿Quién manda en Sevilla? Porque allí á vista de todo el mundo y con la mayor tranquilidad se ha organizado una partida que se llama republicana y salido luego al campo en son de guerra, sin que nadie se lo impida.

Esta deliciosa anarquía en que vivimos puede ser precursora de otra terrible.

¿Para que se meterán á gobernar los que no saben?

Los periódicos continúan combatiendo el impuesto personal que quiere cobrar el señor Figuerola. Ya hemos dicho que no se paga; lo sabemos de buena tinta; nadie paga esa atrocidad.

Ya puede el gobierno señalar buen sueldo á los cobradores, porque no van á ganar para botas y para tazas de té que tendrán que tomar para calmarse.

Consolaos contribuyentes. La comisión de las Cortes encargada del proyecto de ley sobre pagas atrasadas á los emigrados, ha emitido ya dictamen favorable.

Cualquiera diría que estamos nadando en onzas de oro.

¿Hombre! ¿por qué no se publican las condiciones del último empréstito?

El secreto que guarda el señor Figuerola, estaría en su lugar y nadie tendría derecho á penetrarlo, si fuera dicho señor el que hubiese de pagar de su bolsillo el empréstito, pero habiéndole de pagar el país no se comprende ya ese silencio.

¡Ah! ¡que famoso señor Figuerola!

Pues señor, me gustan á mí los diputados que toman destinos y luego continúan siendo diputados.

Pronto se les ha olvidado á esos señoritos la Constitución que han hecho, y que hasta á los barrenderos se les vá á obligar á jurar.

¿No habrá algún diputado que no viva sobre el país, que interpele sobre ese asunto?

Tiene gracia esta felicitación que dirige La Discusion al señor Becerra, que dicen que vá á ser ministro:

«Bien, Manuel; sea enhorabuena; pronto te llamarán conciencia.»

¡Toma! y tendrá coche, y dará audiencia.

¡Andal! ¡Andal! ¡cómo ha subido!

Estas no son posiciones improvisadas, no señor. Del primer golpe. ministro; al año le hacen Papa.

Se ha formado un club, ó cosa así, de señoras republicanas, que en una manifestación que dirigen al pueblo, tratan con esta suavidad al señor Rivero:

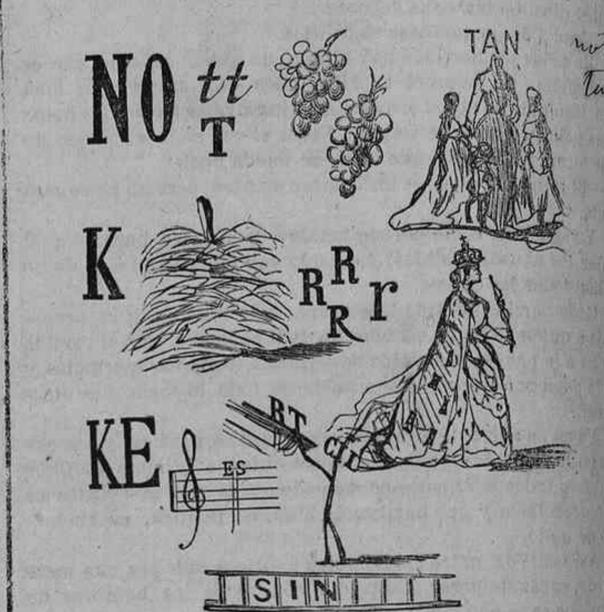
«Una órden dictada por un hombre en quien se personifican la mas negra tradición y la mas vergonzosa apostasia, ciego por su ambición y por sus pasiones, siendo el primero en hollar y escarmentar los derechos individuales, de que aparentaba ser el más decidido campeón, etc., etc.»

A estos gobernantes se les atreven hasta las mujeres.

Solucion de los geroglíficos de los números 522 y 523.

Amor de mujer casta, perpétuo es. Vergüenza es en el viejo no saber mas de lo que lee.

GEROGLIFICO.



MADRID: 1869 — Imprenta á cargo de Diego Valera. Calle de las Hileras, número 4, bajo.

Advertisement for 'JARABE DE QUINA FERRUGINOSO' by Grimault y Cia. Includes text about its therapeutic value and various testimonials from medical professionals.

Advertisement for 'PASTILLAS DE DETHAN' for throat ailments. Lists various ailments it treats and provides contact information for the pharmacy.

Advertisement for 'LIQUEUR DE GOUDRON CONCENTRÉ GUYOT'. Describes its benefits for various ailments and provides information about the manufacturer in Paris.

Advertisement for corsets from 'Fábrica de corsés'. Describes the quality and variety of their products and provides contact information.

Advertisement for 'JARABE FERRUGINOSO de cortezas de naranjas'. Describes its benefits for iron deficiency and provides contact information for the pharmacy.

Advertisement for hair oil from 'Fábrica de Bellotas'. Describes its benefits for hair and skin and provides contact information for the manufacturer.